



El hormiguero

Al final del verano estaba paseando por el jardín de casa. El hormiguero de todos los años se encontraba en su apogeo. De él sólo se veía un minúsculo agujero, rodeado de un pequeño volcán o montículo de tierra, que éstos insectos habían construido con lo excavado de las galerías o de la comida desechada.

La larga fila india de hormigas que entraban y salían del hoyo se perdían más allá de mi propiedad.

Me eché al suelo para poder observarlas mejor. La columna, a veces formada por una o dos de estas filas, moviéndose en ambas direcciones, ofrecía un

espectáculo bellísimo y muy interesante para estudiar.

Como ocurre con los seres humanos, había hormigas de variada eficiencia. Desde las que cargaban voluminosas y apetitosas semillas hacia el agujero, hasta las que, incomprensiblemente, portaban piedras incomedibles hacia el hormiguero o buena comida en dirección contraria.

Las forzudas llevaban enormes trozos de material poco aprovechable. Al llegar a la entrada, se daban cuenta de que no cabía lo llevado y lo iban acumulando en el elevado volcán cerca del agujero. Las que cargaban largos palos me enfurecían. Y finalmente las más listas, regresaban sin llevar nada. Curiosamente, nadie protestaba. Eso sí, todas siempre en movimiento. Nunca vi una sentada, descansando o parada. A veces, la larga y casi perfecta línea recta se curvaba sin explicación lógica, haciendo según mi entender el recorrido innecesariamente más largo.

Estaba concentrada en estas meditaciones cuando vi sobre el suelo una sombra que me cubría. Pensé que era mi esposo que venía a buscarme. Iba a girarme, pero algo sobre mí, ¿un pie?, me lo

impidió. Me sentí aferráda fuértemente por la cintúra y eleváda vários méetros sóbre el suélo.

No éran únos brázos humanos los que me sujetában. No podrían habérme alzádo hásta ésa altúra. Al finál lo púde entendér. Éran dos mandíbulas enórmes las que me tenían atrapáda. Cási no podía respirár, sin embárgo no me apretában lo suficiénte como pára partírme en dos, ni siquiera pára herírme. Traté de zafárme, me dolía. Si yo forzába, «éso, *lo que fuése*» apretába un póco más. Dejé de movérme, entónce, «éso» aflojó la tensión y púde respirár mejór. Mensáje recibído, si no quería sufrír, debía portárme bién. Paró de caminá, dándome tiémpo pára tranquilizárme. Lloré. El tiémpo háce que asúmas tu situación y trátes de entendér lo que está pasádo.

Miré hácia abájo. Por la sómbra, vi lo que me tenía sujéta, úna enórme hormíga y yo éra su présa. Grité. Y grité más, cuando vi las hormígas del suélo acercárse y haciéndose más grándes. Priméro del tamaño de ránas, luégo cási conéjos que se aproximában. Péro no, no éra éso, éramos nosótras las que nos estábamos acercádo al suélo y haciéndonos más pequéñas.

Al final, la hormiga que me acarreaba se colocó en la fila, como si llevara comida. Al ser yo, casi tan alta como ellas, algunas veces tocaba el suelo con mis pies. ¡Qué desmesurada fuerza debía tener ese animal para poder llevarme! Yo apoyaba mis brazos sobre la mandíbula. Así, la presión sobre la cintura no era tanta. La que me llevaba, procuraba no hacerme daño evitando las piedras del camino. Esto me hizo deducir que no me necesitaba como alimento. Entonces, ¿para qué?

Al rato vi el volcán que rodeaba la entrada, me horroricé. No, yo no quería ir allí, yo no quería entrar en ese agujero. Dios, ¿qué me estaba pasando? Qué sueño tan terrible estaba teniendo. ¡Necesitaba escapar!

Escaló el montículo, me hirió con alguna piedra o rama. Cambió la dirección de la escalada, así lo pudo sortear mejor. Allí estaba la entrada a la oscura cueva, a su colonia. Cerré los ojos y lloré otra vez. Se inició la nada, la total negrura. Habíamos entrado en el agujero. ¿Cómo podían ellas ver por dónde iban en esta oscuridad?

No sé cuánto tiempo estuvimos avanzando. Pronto me di cuenta de algo. ¡No lo podía creer! Empezaba a distinguir objetos, algo veía, me

estaba acostumbrando a la oscuridad. ¡Qué estupidez estaba diciendo! Como si esto fuera una mina iluminada o de material fosforescente o unos túneles.

No es que pudiésemos ver colores, lo observado carecía de definición o nitidez, a pesar de ello apreciaba movimientos y figuras. Podía intuir las hormigas con las que nos cruzábamos, algo de las paredes, sobre todo los huevos o larvas que algunas obreras llevaban, éstos, al ser blancos, eran más visibles para mí que todo lo demás.

¿Cómo era esto posible? Cómo podían ver ellas, a pleno sol y también en la más profunda oscuridad. Lo desconocía. Sin embargo, yo también podía ver algo.

Estaba claro, estábamos recorriendo su inmensa colonia, una gran cueva plagada de túneles, el *Laberinto del Minotauro*. Pero yo no tenía un hilo para ir desenrollando y luego poder escapar.

El calor se estaba haciendo insufrible.

Las hormigas que nos precedían se quedaban o desviaban en diferentes puntos. Ya no teníamos

ninguna delante de nosotros, aun así, seguíamos bajando.

Entró en lo que sentí que era un recinto amplio, allí me soltó. Permanecí un rato en el suelo recuperando la respiración. Me dolía mucho la cintura.

Al fondo vi algunas figuras moviéndose. Me aproximé. No pude evitar un nuevo estallido de horror. Eran humanos de todas las edades, desnudos. O por el calor, a medio vestir. Íban girando alrededor de unos enormes sacos blancos. Me acerqué a ellos. Les hablé, no respondieron, ni me miraron.

Recibí un duro golpe en la espalda. Miré hacia atrás, vi a otra hormiga que me empujaba hacia los objetos blancos, entonces los vi al ser tan blancos. Eran pulgones domesticados por las hormigas y miles de sus huevos. Los humanos los estaban «ordeñando». Se acercaban a ellos, tocaban su cuerpo a modo de ubres, de su parte trasera salía un líquido transparente y espeso, una melaza. Lo recogían con sus manos y lo llevaban a un gran agujero en el suelo en donde se almacenaba. No sólo los humanos tenemos a nuestro servicio otros animales domesticados.

Noté que en esa sala podía ver algo mejor, muy poco. Tal vez, por ser la que tenía humanos, algo de material fosforescente se había añadido para facilitar su labor. Mirando fuera, no podía distinguir tanto.

Recordé (de mis cursos de zoología práctica en la escuela) que las hormigas tienen una simbiosis con los pulgones. Ellas los pastorean y protegen de otros animales y ellos compensan pagando con su miel. Algunas especies de hormigas protegen los huevos de pulgones de los rigores del invierno dentro del agujero. Las obreras mantienen a los insectos sobre las plantas del exterior y allí comen su melaza.

Pero, ¿qué estaban haciendo estos pulgones aquí, dentro de la cueva?, ésta no era su situación natural.

La nuestra, quedaba claro, éramos los esclavos de las hormigas. Ellas debían ser las que hicieran este trabajo, no nosotros. ¿Cómo habían logrado reducir el tamaño de las personas?, ¿cómo habían conseguido que hiciésemos esa labor? ¿Por qué y para qué? Recibí otro empujón. El tiempo que me había concedido la hormiga para aprender mi

nuévo ofício se había acabádo. Me cogió por la cintúra y me acercó a los pulgónes. Éra evidente lo que quería.

Comencé mi nuévo trabájo imitándo a los demás. Adopté la misma actitud de los esclávos cuando comprénden su triste destino ánte la imposibilidad de cambiárllo. La sumisión. Sentí que estába pagándo o compensándo por los siglos de esclavitúd que nosótro los humanos habíamos aplicádo a ótras especies animáles y lo más triste, también a los de nuéstra própia ráza.

¿Cuánto tiémpo tardaría en convertírme en úno de éllos, en un Zómbi de las cavernas? Qué producía éste estado en mis compañeros. ¿Años de confinamiéto, el calor? ¿La alimentación? Al decírlo lo noté, tenía hámbré, múcha hámbré y sed.

Pára bebér, no tenía ningún probléma, el águá manába por algúnas de las húmedas parédes. Pára comér, pronto descubrí la solución. Úna mujer se púso en la bóca un póco de lo extraído de los pulgónes. Lo probé. Dúlce, muy dúlce. Lo comí. Así comprendí, pára qué servían únos cuántos de ésos pulgónes déntro del agujéro, pára alimentárnos. Los pulgónes, miéntas estában en el hormiguéro,

se nutrían chupando las raíces, que hasta ésta sala llegaban desde el exterior en grandes cantidades.

* * *

La vida se volvió rutinaria. A veces una o varias hormigas atrapaban con las mandíbulas a algunos de nosotros y nos llevaban a transportar huevos en otra galería. Ése era el trabajo por el cual estábamos esclavizados. Otras veces íbamos a la sala de la Reina a retirar basura y en ocasiones a poner orden en los almacenes de comida.

Tengo que reconocerlo, a pesar de la situación tan terrible en la que me encontraba, disfrutaba cuando me llevaban a cuidar los huevos o de las pequeñas hormigas. Éran éstos trabajos delicados los que nosotros hacíamos mejor que ellas. Allí era el sitio en donde estaba cómoda y hacía amistad con las demás hormigas, les encantaba ver cómo hacíamos los trabajos más precisos. Algunas, cuando hacíamos algo que deberían hacer ellas, nos traían comida del exterior.



Observé que algunos de los «esclavos» habían aprendido los deséos de los guardiánes y les seguían sin necesidad de ser transportádos con las mandíbulas. Yo también lo aprendí. A pesár del cuidádo que las hormígas ponían en el traslado, frecuéntemente recibíamos gólpes cóntro las parédes. El dolor ocasionádo por las mandíbulas sóbre la cinturá, hacía que prefiriése caminar, a pesár de ir descálza.

También observé que cáda día veía mejor; la naturaléza es sábia.

* * *

Un día, estába trabajádo en ésa guardería de huévos, lárvas y crías (el trabájo más dúro de tódo el hormiguéro, por el calor insoportáble y la humedád, péro el más querído por mí), y además

pórque había que prestár múcha atención a los pequeños. De prónto, se acercó úna hormiguíta soldádo, indicándome con géstos, que debía volvér a mi sála habitúal. Cási reí, éra tan pequeño. Yo, estándo tan cansáda y pensádo que, buéno los menóres en algúno mométo tiénen que a aprendér a trabajár, lo seguí. Él, parecía preparándose pára su futúro trabájo como soldádo.

Fuímos caminádo. A la mitád del trayécto me introdújo en úna galería laterál. Éra muy reducida, el suélo estába cubiéto de mullídos materiáles, plúmas, pája, hílos y deshéchos de viéjas télas. Al ládo había un cázo (la cáscara de média avellána), con algo de colór amarillo. Lo probé. Miél, ¡Miél verdadéra! Al ládo, un gráno de granáda que relucía como un rubí y algúna cósa más. ¡Qué buéno estába tódo!

Me giré, él se había situádo bloqueádo la entráda en posición de guárdia. No podía creér tánta bondád, ni tampóco acabár tánta comída, éra demasiáda. Luégo, no dudé en acostárme, no íba a despreciár tan treméndo lújo. No sé cuánto dormí. Éra la priméra vez que lo hacía sóbre algo tan suáve. ¿Quién éra él?

Al despertár lo vi, no se había movído. Me levanté, cogí el résto de la miél, le rasqué la cabéza, ronroneó y salí. Me siguió como un fiél animál de compañía, aparentándo ser un gran guardián y yo un buén esclávo.

Al ver que entrába en mi sála, se fué. ¿Quién sería éste ángel protectór?, Volví a reír, me pareció que habíamos tenido úna cita.

Me quedé mirándolo con cariño miétras se alejába. Temblé, me estába dándo cuénta que tódo ésto me comenzába a gustár. Y él también.

* * *

En algúnos moméntos los esclávos, los pasábamos sin ser vigiládos por las hormígas. Supóngo cuando coincidía con las horas noctúrnas o en el período de su salída a comér o a buscár comída. Entónces aprovechábamos pára descansár, disponíamos de pócós sítios pára hacerlo, el suélo o escondídos éntre los míles de huévos de los pulgónes. No sabía si trabajábamos miétras dormíamos o dormíamos miétras trabajábamos.

* * *

Lo más desesperánte éra que, además de la vigiláncia: de cuando en cuando, venían ótras hormígas a «robár» nuéstro dólce. Éra divertído ver

como cualquiera de nosotros las podía espantar. Debían saber que lo que estaban haciendo no estaba permitido. En cambio, alguna vez aparecía una cría pequeña y yo la dejaba comer. Si no estaba cansada, hasta yo misma se lo daba con mi mano, mientras ella se dejaba acariciar.

* * *

Un día, «mi amiguíto» se asomó a la puerta de la sala, yo, haciéndome la despistada le seguí. Me llevó a un sitio poco transitado del hormiguero. Se trataba de un agujero estrecho al final de una galería. Se metió dentro. Tuve que echarme al suelo y arrastrarme para poderlo seguir. No recorrimos mucho tramo, el agujero se había acabado. Con las patas arrancó algo de tierra, lo cual hizo más largo el túnel.

Fué retrocediendo y retirando esa tierra hasta el inicio. Lo entendí. Estaba construyendo un pasadizo para escapar. ¿Para quién era?, ¿lo necesitaba él?, ¿quizás para mí?, o para los dos, ¡qué genialidad! ¿Escapar con él? ¿A dónde apuntaba ese agujero, o, cuánto tardaría en acabarlo? No lo sabía y él no lo podía explicar. Me llevó allí varias veces, mostrándome con cariño que el túnel era cada vez más largo.

Tiempo después, él había crecido mucho, al terminár uno de éstos viájes me llevó a la sala en donde me cuidó la priméra vez. Me acostó sobre la suave cáma y pasó la nóche encima de mí.

* * *

¡Qué extraño éra todo! ¿Cómo habían aprendído las hormígas a hacérnos trabajar?, ¿por qué ninguna de éllas nos consideraba un enemigo cuando entrábamos en sus salas? Y hásta nos recibían con simpatía. ¿Cómo éra posible que los investigadóres nunca hubiésen encontrádo réstos humanos en los hormiguéros? ¿Éramos los priméros? ¿Formábamos parte de un laboratório de ensáyo? ¿Un sitio de pruebas en donde se pudiése agrandár a las hormígas y empequeñecér y esclavizár a las persónas?

Úna vez, uno de los «cautívos», se acercó demasiádo a un pulgón o le molestó, éstos nunca atácan a sus cuidadóres, a pesar de éllo, éste le destrozó una máno. El gríto, su éco que no acabába nunca hizo retumbár la sala. Fué el único momento que los demás mostráron algún sentimiénto humano. Duró póco. Las hormígas son sórdas, no debiéron oír el gríto, pero probablemente la vibración. Úna de éllas se acercó, valoró la situación, vió que nuéstro compañéro éra

ya inservible y de un bocádo le cortó la cabéza y se llevó su cuérpo. La extremidád que quedó, fué apartáda con los piés por ótro de nosótro.

* * *

Nuéstra sála se encontrába bastánte apartáda del céntro de actividád de la colónia. Ése día, había notádo múcho movimiénto fuéra de nuéstra cámara. De prónto vi aparecér a mi ángel protectór. Entró diréctamente en la sála, se quedó parádo delánte de mí. Percibí álgo ráro en él.

Pensé que quería comér un póco de nuéstra miél, si bién, no se acercába al depósito, sólo me mirába. Supúse que estába pidiéndo permíso. Me aproximé a él pára guiárle a la comída o dársela yo misma.

Péro no. Tomó mi máno, me llevó a úna de las esquínas más apartádas del recínto. Me hizo sentár, púso su cabéza encíma de mis piéernas. ¡Qué necesidad de cariño tenía! Coloqué mi cára sóbre su cuérpo y le acaricié.

El ronronéo que emitía y el cansáncio, hiciéron que mis ójos se cerrásen, sus suéños pasáron a ser los míos, o así lo quíse creér.

«Veía que él me llevaba sobre su espalda paseando por el mundo exterior, admirando enormes campos de trigo y yo insistiendo en que al menos por la noche, volviésemos a nuestra habitación en el nido, éramos la orilla blanca y la orilla negra.»

Desperté del sueño al oír unos fuertes pasos, abrí los ojos y vi que se acercaban varias hormigas amenazantes. La primera de ellas partió a mi amigo en dos.

Me levanté, agarré un trozo de raíz y le pegué, pegué y pegué a la asesina. ¡Asesina! Le grité. Me abalancé sobre ella, le arranqué una antena. Se retiró pudiendo haberme destrozado, las demás la siguieron.

¡Qué innecesario, qué crueldad! Habían matado al mejor amigo que había tenido. ¿Qué había hecho él para merecer esto?, ¿Habían descubierto su túnel?, o, ¿no les gustaba su amistad conmigo?

Lo que estaba claro es que él sabía su destino, por eso vino a estar conmigo en sus últimos momentos.

Me arrodillé a su lado durante un largo tiempo.

Nádie más entró en la sála.

* * *

Días después, probablemente sería de nóche, cuando la intensidad del trabájo bajába, quíse paseár. Quería estár sóla, sin guárdia, éso sí, estaría desprotegída. Pensé: si llevába el júgo dólce, podría ayudár. A ésa miél, éllas no se puéden resistír. Sí, pócas véces topé con hormígas recelósas. A las que así se mostrában, les dejába chupár mis mános con ésa meláza y me dejában pasár.

No lo voy a ocultár, me dirigí al sitio sospechóso, ése que mi amígo había comentádo várias véces. Estába al ládo del recinto de la Réina. Éra el lugar donde vi hormígas entrár cargándo materiál diferénte del normál. Me acerqué, no había nádie vigilándo la entráda. Lo vi, éra un laboratório. Había más humanos, no esclávos, hablándo éntre sí, y hormígas trabajándo a su ládo. Náda que ver con mis compañéros de reclusión. ¿Quiénes éran ésas persónas? ¿Mandában sóbre las hormígas, o como en nuéstro cáso, éran ótros esclávos, péro un póco más apreciádos?

Tropecé con algo que cayó al suelo, la hormiga más cercana me vió. Huí. Me escondí éntre mis compañéros.

Ésto me íba a costár cáro, lo sabía. Pronto apareció en la puérta úna enorme hormiga soldádo. Se acercó al grúpo. Sin dudárlo, me cogió con sus mandíbulas, me arrojó al suelo, me sujetó con un pié, y me arrastró por el suelo duránte hóras.



Mis compañéros no mirában. Vomité, sangré y lloré. Al fin se fué. Traté de caminá, tropecé y caí en el pózo de miél. No podía más.

Decidí intentár huír. Con el résto de mis rópas, híce como únas bólsas, las llené de la espésa meláza. Con ésto y tódo el que cubría mi cuérpo sería suficiénte. No intenté ir al túnel cavádo por mi

amigo. Si lo hubiésemos tenido listo, me lo habría indicado o hubiésemos venido a intentarlo escapar.

Tomé siempre la dirección más empinada. Siempre hacia arriba. Ante cualquier bifurcación, escogía el túnel más ascendente. De cuando en cuando, como antes, alguna hormiga se acercaba, lamía o se frotaba en mi cuerpo cubierto de miel. Una me detuvo y comenzó a comer lo que llevaba encima. Seguí el camino alimentándola, parecía que ella era mi guardián y así las otras no molestaban.

Pasé por delante de la sala de la Reina, todo tranquilo, sólo sus soldados vigilantes. No así en el laboratorio, allí detecté mucho movimiento. Me oculté entre las patas y el cuerpo de mi compañera, y continué el camino.

El ascenso fue durísimo. A veces me apoyaba en las patas del guía para ayudarme durante el recorrido.

Cruzamos una de las salas de larvas donde tantas veces había admirado el cuidado que las hormigas con nuestra ayuda damos a las crías. En algún momento, al ver nacer una, había crecido en mí, el instinto maternal del cual hasta entonces había carecido.

En general, el sentido ascendente era fácil de seguir, pero duro. Algunos momentos eran casi de escalada. Cuando no podía subir por lo empinado y mi compañera ya me había abandonado, esperaba el paso de alguna otra y sujetaba una pata. Muy peligroso el recorrido en estas circunstancias.

Al final llegué a un sitio amplio y plano. Debía ser la sala de entrada, no había luz. Si era de noche, no habría nada para guiarme al agujero de salida. Comencé a ver que caía agua, estaba lloviendo. Mala cosa, las hormigas taparían la entrada para evitar la inundación del agujero. Tal vez no podría salir durante mucho tiempo. La cantidad de hormigas que subieron para completar esta labor fue increíble. Estaban tan ocupadas que ni me veían.

Aproveché para beber. ¿Cuánto tiempo hacía que no había probado el agua de lluvia? Hasta pude lavarme. Me acerqué a una oquedad. Del cansancio quedé dormida.

Un rayo de luz iluminó mi cara. Así es que estaba cerca de la entrada. ¿Me dejarían salir? No lo sé. Noté algo raro. ¡Las hormigas se estaban haciendo más pequeñas! No, en realidad era yo, la que se

estába haciéndo más gránde. Tal vez debía ser efécto de la luz. Al agrandárme, cási no podía pasár por el agujéro, las hormígas intentában impedir mi salída. Péro yo seguía creciéndo y me zafába fácilmente de sus atáques. Al salir arranqué y destrocé al pasár, cási tódo el cóno del volcán. Cuando había recuperádo mi tamaño habituál, pensé en cogér la azáda del jardín y comenzár a matár hormígas y destrozár el hormiguéro. No lo híce ya que, allí abájo aún había séres humanos, tal vez como yo, que algún día podrían escapár.

Entré en cása, me duché, salí del cuarto de baño, mi marído al vérme después de tánto tiémpo se quedó petrificádo. No le dejé hablár. ¡Quiéro írme y vendér ésta cása!

* * *

El inviérno fué lárگو. Mi espóso me abandonó. El séxo y su preséncia ya no me apetedían. Sólo me dedicába a planeár mi vengánza y la de mi querído amígo. Esperába con ánsia la primavéra. Ésta, como cáda áño llegó.

Regresé a mi antigua cása. Todavía nádie la había habitádo. Salté la válla. Me acerqué al jardín, allí estába el hormiguéro. En el mismo sítio que tódos los áños. El agujéro y cóno ya estában reparádos.

La misma larga fila de hormigas. Me acerqué a ella. Levanté el pie con firmeza, pero lo dejé reposar suavemente a su lado. Me desnudé. Me eché al suelo y esperé el abrazo de una mandíbula. No podía hacer otra cosa. Estaba embarazada.

* * *

Nunca pensé que después de un invierno tan duro, a la primavera siguiente volvería a encontrarme voluntariamente en la entrada de ese hormiguero a la vez tan odiado y deseado. ¿Cuál sería mi futuro en el exterior con un hijo medio hormiga?

FIN

Por Emílio Vilaró

Agradecimiento a: Pére Coméche, Albérto Grúnwaldt y António Chávez por la lectura, conséjos y corrección de éste cuénto.

Éste documénto está disponíble en formáto .PDF, .ePUB y .MOBI en nuéstra página Web:

Mi blog literário.

<https://cosasdeemilio.wordpress.com>

Más de ciento cincuenta cuentos, reláto, ensáyo, recéto y novéto en:

www.evilfoto.eu

Comentáto a:

buzon@evilfoto.eu



<https://www.facebook.com/emilio.vilarolucia>

Nóta sóbre el tildádo:

Éste escrito está tildádo, o séto: las palábro llévan la tílde (´), en el síto donde está el acénto.

Después de míle de lectúto de óbro así escritas y leídas, podéto asegúto, que su lectúto es la normál, al leér así, no hay ninguna diferéto de sentido o pronunciacióto a la habitúto.

Si deséto sabér los móto, ¿cóto se puéto tildár de fóto automática? Qué ventáto e inconveniéto títo éste tildádo, puéto leér éste documénto:

http://www.evilfoto.eu/pagina_cuentos/cuentos_21.htm

Modificaciones a 1368:

**2020-05-20, 2020-05-21, 2020-05-22,
2020-05-23, 2020-05-26, 2020-05-27,
2020-06-06, 2020-06-27, 2020-09-30,
2020-11-21, 2020-11-22, 2022-03-10,
2022-03-11, 2022-03-12, 2023-05-17,
2023-07-20**